

*El partido español en la corte imperial de Carlos VI: La Conferencia de Estado*¹

Virginia León Sanz

INTRODUCCIÓN

La instauración de la dinastía borbónica en España con Felipe V puso fin a una etapa conocida también por los historiadores como la Europa de los Habsburgo². Sin embargo no desaparece la influencia española en la corte imperial debido a la llegada de los austracistas exiliados de la Guerra de Sucesión a los dominios imperiales y al apoyo que les otorgó el nuevo emperador³. Carlos VI no iba a renunciar a su herencia española, ni siquiera después de la firma de la paz de Viena de 1725, en la que se recogió simbólicamente su constante reivindicación, con el reconocimiento de los títulos que le correspondían como rey de España⁴. La cultura, el arte y la política de la corte imperial durante el período carolino reflejaron “el sueño español” del emperador⁵.

¹ Este trabajo se ha realizado en el marco del Proyecto de Investigación Científica y Desarrollo Tecnológico, Plan Nacional I+D+i (2006), HUM 2006-01580HIST: “Relaciones entre España-Austria en la primera mitad del siglo XVIII”.

² R. J. W. EVANS: *La monarquía de los Habsburgo (1550-1700)*, Barcelona 1989, pp. 7-33.

³ V. LEÓN SANZ: “Austracistas”, en J. CANAL (ed.): *Los éxodos políticos en la Historia de España (siglos XV-XX)*, Madrid 2007, pp. 75-111.

⁴ Artículo X del “Tratado de Paz entre el Emperador Carlos VI y el Rey de España Felipe V”, concluido a 30 de Abril de 1725, en A. DEL CANTILLO: *Tratados, convenios y declaraciones de paz y de comercio...*, Madrid 1843.

⁵ M. VERGA: “Il ‘sogno spagnolo’ di Carlo VI. Alcune considerazioni sulla monarchia asburgica e i domini italiani nella prima metà dell’Settecento”, en C. MOZARELLI e G. OLMÍ (a cura di): *Il Trentino nel Settecento fra Sacro Romano Impero e antichi e stati italiani, Annali dell’Istituto storico italo-germanico* Quaderno 17 (1985), pp. 203-261; F. MATSCHE: *Die Kunst*

La paz de Utrecht privó a Carlos VI de la parte más importante de su herencia española, pero garantizó la posesión de los territorios italianos y flamencos de España⁶. Carlos VI era emperador de un conjunto territorial donde Italia asumía un papel protagonista y donde era fundamental organizar la estructura político-administrativa que hiciese posible su gobernabilidad e integración en el Imperio⁷. En torno a Carlos VI se había formado durante su estancia en Barcelona un partido constituido por españoles e italianos que en la corte austriaca se unió a la causa imperial, con la presencia de algunos austro-bohemios, constituyendo un grupo heterogéneo por los múltiples intereses y las diferentes tradiciones políticas que aglutinaban⁸. Poco después de llegar a la corte de Viena, en 1712, el nuevo emperador formó una Junta para tratar “los negocios de los dominios que poseía pertenecientes a la España”; compusieron la Junta cuatro individuos y uno de ellos fue el arzobispo de Valencia⁹. La Junta se reunía con frecuencia y recibía las comunicaciones procedentes de España, como cuando el 10 de julio de 1712 los Comunes de Cataluña escribieron a la corte imperial pidiendo ayuda por los críticos momentos que atravesaban¹⁰.

Los ministros españoles e italianos influyeron para que continuase en lo esencial la política española en la corte imperial. Así, a finales de 1713 se constituyó en Viena el Consejo Supremo de España, que establecía una intencionada

im Dienst der Staatsidee Kaiser Karls VI. Ikonographie, Ikonologie und Programmatik des Kaiserstils, Berlin 1981.

⁶ P. MOLAS: “¿Qué fue de Italia y Flandes?”, en A. ÁLVAREZ-OSSORIO, B. GARCÍA y V. LEÓN SANZ (eds.): *La pérdida de Europa. La Guerra de Sucesión por la Monarquía de España*, Madrid 2007, pp. 693-715; L. BÉLY: “Casas soberanas y orden político en la Europa de la Paz de Utrecht”, en P. FERNÁNDEZ ALBADALEJO (ed.): *Los Borbones. Dinastía y memoria de nación en la España del siglo XVIII*, Madrid 2000, pp. 69-95; L. AUER: „Österreichische und europäische Politik um das Spanische Erbe“, *Archiv und Forschung* 20 (1993), ed. de L. Kammerhofer y E. Springer.

⁷ V. LEÓN SANZ: *Carlos VI. El emperador que no pudo ser rey de España*, Madrid 2003, pp. 251-272.

⁸ Ch. EHALT: *La Corte di Vienna tra Sei e Settecento*, Roma 1984; J. KALMAR: “Autour de l’Empereur Charles VI: «allemands» et «espagnols» dans la cour viennoise du premier tiers du XVIII^e siècle”, *L’Etat moderne et les élites. XVII^e-XVIII^e siècles*, Paris 1996, pp. 255-256.

⁹ F. DE CASTELLVÍ: *Narraciones históricas...*, Viena 1726, [ed. Madrid 2002], IV, p. 711.

¹⁰ *Ibidem*, p. 517.

continuidad institucional con el sistema político de la Monarquía hispánica (manteniendo la “práctica continua entre los Señores Reyes Gloriosos Predecesores de Vuestra Majestad”) ¹¹, pero además legitimaba el papel “hereditario” de Carlos VI y garantizaba el consenso en los Estados italianos como habían hecho los Austrias españoles en los siglos anteriores, con la vuelta al respeto de las competencias y de la representación política de las periferias ¹². El establecimiento del Consejo de España vino a simbolizar el rechazo de la corte austriaca a reconocer a Felipe V como rey, convirtiéndose en un instrumento político de la constante reivindicación del emperador de su herencia española. En los años siguientes, Felipe V, siempre duque de Anjou, fue considerado por el gobierno de Viena como el “Usurpador”, sin aceptar su condición de monarca español ¹³.

El emperador nombró presidente del nuevo Consejo a un “vasallo de los Dominios de España”, a don Antonio Folch de Cardona, arzobispo de Valencia ¹⁴. Era habitual en la administración española que algunos prelados tuvieran un importante papel político en el organigrama institucional y de gobierno de la Monarquía ¹⁵. El mismo día de la constitución del Consejo, el emperador nombró a Ramón de Vilana Perlas, marqués de Rialp, secretario de Estado y del Despacho respectivamente para los asuntos de Italia y Flandes ¹⁶. La mayoría del personal

¹¹ HHStA, *Italien-Spanischer Rat*, K. 22. En el decreto de constitución del Consejo de España se establecía la creación de cuatro Negociaciones o Secretarías provinciales correspondientes a Nápoles, Cerdeña, Estado de Milán y Flandes, a las que se sumaron la Secretaría del Sello, la Secretaría de la Presidencia y la Tesorería o Receptoría del Consejo. Véase el estudio sobre la constitución del Consejo en V. LEÓN SANZ: “Origen del Consejo Supremo de España en Viena”, *Hispania* 180 (1992), pp. 107-142.

¹² F. GALLA: “Italia entre los Habsburgo y los Borbones”, en P. FERNÁNDEZ ALBADALEJO (ed.): *Los Borbones. Dinastía y memoria de nación...*, op. cit., pp. 141-162.

¹³ V. LEÓN SANZ: *Carlos VI. El emperador que no pudo ser rey...*, op. cit., pp. 261-278.

¹⁴ V. LEÓN SANZ: “Fray Antonio Folch de Cardona, un arzobispo valenciano en la presidencia del Consejo de España en Viena (1657-1724)”, en E. CALLADO (ed.): *Valencianos en la Historia de la Iglesia*, Valencia 2009, III, pp. 122 y ss.

¹⁵ P. MOLAS: *Los Gobernantes de la España Moderna*, Madrid 2008.

¹⁶ Sobre la importancia política y la carrera del marqués de Rialp, entre otros, V. LEÓN SANZ: “La Secretaría de Estado y del Despacho Universal del Consejo de España”, *Cuadernos de Historia Moderna* 16 (1995), pp. 239-257, así como los estudios de E. LLUCH: *Aragonesismo austracista (1734-1742)*, Zaragoza 2000, y J. ALBAREDA: *La Guerra de Sucesión en España (1700-1714)*, Barcelona 2010.

del Consejo de España, tanto en el caso de los ministros como en el de los oficiales, había formado parte de la administración austracista barcelonesa ¹⁷. La sede del Consejo de España se estableció en la capital imperial, en el palacio de Caprara. El 22 de enero de 1715 el Consejo de España a través del embajador imperial en Roma solicitó las prerrogativas para que el arzobispo de Valencia pudiera intervenir, como otros eclesiásticos, en las causas criminales. Esta petición se inscribe en el grupo de medidas iniciales adoptadas para la puesta en marcha del Consejo mediante la regulación de su funcionamiento y mecánica institucional ¹⁸.

El nuevo organismo tuvo como su principal ámbito de gobierno los territorios de Italia y de los Países Bajos que al finalizar la Guerra de Sucesión pasaron a la Casa de Austria, hasta que en 1717 se constituyó el Consejo de Flandes. Por eso, junto a su finalidad reivindicativa, también iba a cumplir otro objetivo no menos importante para el gobierno de los nuevos territorios. La desarticulación de la Monarquía hispánica había supuesto un nuevo reparto de la Península italiana, que encontraba su justificación en la lógica del orden europeo del equilibrio ¹⁹. Los españoles aparecían ante los italianos como la prolongación de un régimen ya existente y limitaba las consecuencias derivadas del establecimiento de un nuevo gobierno con el cambio de Madrid por Viena ²⁰. La autoridad en Nápoles y Cerdeña la ejercía, como en la etapa española, el virrey, mientras que en el Estado de Milán la máxima autoridad siguió siendo el gobernador y capitán general. En Milán, como en Nápoles y después en Sicilia, se impuso una nueva dialéctica político-institucional entre el gobernador y los virreyes y las magistraturas locales que, si bien se movían en defensa de sus privilegios y de las

¹⁷ V. LEÓN SANZ: “Los funcionarios del Consejo Supremo de España en Viena (1713-1735)”, en L. M. ENCISO (coord.): *La Burguesía española en la Edad Moderna*, Valladolid 1996, II, pp. 893-904; E. GARMS-CORNIDES: “Funktionäre und Karrieren im Italien Karls VI.”, en B. MAZOHLE-WALLNIG & M. MERIGGI (eds.): *Österreichisches Italien-Italienisches Österreich?*, Viena 1999, pp. 207-225.

¹⁸ V. LEÓN SANZ: “Origen del Consejo Supremo de España...”, *op. cit.*, pp. 127-128.

¹⁹ G. GALASSO: “L'Italia una e diversa nel sistema degli Stati europei”, en G. GALASSO & L. MASCILLI: *L'Italia Moderna e l'Unità Nazionale, Storia d' Italia XIX*, Turín 1998; D. FRIGO (ed.): *Politics and Diplomacy in early Modern Italy*, Cambridge 2000.

²⁰ S. J. WOLF: “La storia politica e sociale”, en *Storia d'Italia* vol III, Torino 1973, pp. 5-19; V. LEÓN SANZ: *Carlos VI. El emperador que no pudo ser rey...*, *op. cit.*, pp. 261-278.

tradicionales prerrogativas de las clases principales, se insertaron poco a poco en la política imperial ²¹.

La continuidad del dominio español explícitamente afirmada, si por un lado podía facilitar el que fuese aceptado el cambio de régimen por los nuevos súbditos de Carlos VI, por otro, obligaba al soberano a observar en cierto modo los privilegios y pactos suscritos “por sus antecesores de gloriosa memoria” ²². Además, la pretendida continuidad del sistema político se constituyó en un arma política hábilmente utilizada por los ministros del Consejo de España para defender su autoridad y competencia frente a otras instituciones de la corte, como el Consejo de Guerra. En los primeros años Carlos VI, con la colaboración de los españoles, disfrutó de un cierto margen para introducir reformas y un estilo propio. De hecho, la creación del Consejo de España tuvo una repercusión inmediata en los dominios italianos. A partir de 1714, la actuación de los ministros españoles e italianos del Consejo se encaminó de forma decidida a imponer un mayor protagonismo del gobierno vienés en los asuntos de los nuevos dominios tanto en el Estado de Milán, tras el cambio de su gobernador, el príncipe Eugenio por Löwenstein, como en Nápoles y después también en Sicilia ²³.

Espanoles e italianos se hicieron, pues, con el control del Consejo de España y se encargaron del gobierno de los antiguos dominios de la Monarquía hispana. La constitución del Consejo de España y de su práctica política supuso una novedad institucional en la corte imperial, lo que ya en la época advirtió el marqués de Rialp:

²¹ C. CREMONINI: “Traiettorie politiche e interessi dinastici tra Francia, Impero e Spagna: il caso di Carlo Enrico di Lorena, principe di Vaudémont (1649-1723)”, en *Studi in memoria di Cesare Mozzarelli*, Milano 2008.

²² M. VERGA (ed.): “«Dilatar l’Imperio in Italia». Absburgo e Italia nel primo Settecento”, *Cheiron* 21 (1994), pp. 55-84.

²³ Según ha estudiado A. ÁLVAREZ-OSSORIO, el nuevo Consejo provocó la inversión en el estilo de gobierno que había imperado en el Estado de Milán desde 1706. Con el nombramiento del príncipe Maximilian Carl von Löwenstein-Wertheim como nuevo gobernador y capitán general del Estado de Milán, la corte de Viena ponía fin a la “década dorada” del ministerio lombardo (1706-1716), en “Restablecer el sistema: Carlos VI y el estado de Milán (1716-1720)”, *Archivio Storico Lombardo* 121 (1995), pp. 177 y ss.; E. GARMS-CORNIDES: “Il regno di Napoli e la monarchia austriaca”, *Settecento Napoletano. Sulle ali dell’aquila imperiale, 1707-1734*, Napoli 1994, p. 32.

bien notoria es la emulación particular que desde el principio introdujo en el antiguo ministerio de Viena el establecimiento del Consejo que contrastaba con la autoridad de los tribunales establecidos en la Corte para la dirección de los países Hereditarios ²⁴.

Estudios recientes han tratado de ofrecer el verdadero significado de los cambios políticos e institucionales que se derivaron de la nueva dimensión territorial y política de los Habsburgo ²⁵, en el marco de la reflexión que hiciera P. Schiera sobre la dinámica estatal austriaca durante los siglos XVI y XVII ²⁶.

El Consejo de España vino a complicar el ya complejo sistema de gobierno imperial debido a sus competencias territoriales, creando nuevos centros de decisión política ²⁷. Los dominios heredados de la Monarquía española aportaban su propia singularidad a los intereses políticos y económicos de los Habsburgo, lo que vino a reforzar al grupo de exiliados a través del Consejo de España. El presidente y el secretario de Estado del Consejo de España, el arzobispo de Valencia y el marqués de Rialp, se convirtieron muy pronto en miembros habituales de la Conferencia Secreta en la que se debatían los principales asuntos de Estado que afectaban al conjunto del Imperio, lo que provocó recelos y suspicacias ²⁸. Lanzados

²⁴ RAH, 9/5637: “Señor. Nunca luce más el cielo...”.

²⁵ M. VERGA: “Il ‘sogno spagnolo’ di Carlo VI...”, *op. cit.*, pp. 203-261. Véase también sobre el debate de la construcción imperial J. BÉRENGER: *Finances et absolutisme autrichien dans la seconde moitié du XVII^e siècle*, París 1976, y R. GHERARDI: *Potere e costituzione a Vienna fra Sei e Settecento*, Bologna 1980.

²⁶ P. SCHIERA: “La dinamica statale austriaca nel XVIII e nel XIX. Strutture e tendenze di storia costituzionale prima e dopo Maria Teresa”, en P. SCHIERA (ed.): *Atti del convegno di Trento 11-12 febbraio de 1980*, Bologna 1981. Desde esta perspectiva, G. KLINGENSTEIN estudiaba las reformas teresianas encaminadas a superar la debilidad estructural de la corte austriaca, en “Riforma e crisi: la monarchia austriaca sotto Maria Teresa e Giuseppe II. Tentativo di una interpretazione”, en P. SCHIERA (ed.): *Atti del convegno di Trento....*, *op. cit.*, pp. 93-125.

²⁷ La contribución del Consejo de España a la modernización del Estado austriaco ha sido analizada en V. LEÓN SANZ: “La influencia española en el reformismo de la monarquía austriaca del Setecientos”, *Cuadernos Dieciochistas* 1 (2000), pp. 105-130. También, M. VERGA: “Appunti per una storia del Consiglio di Spagna”, en G. BIAGIOLI (dir.): *Ricerche di Storia Moderna IV in onore di Mario Mirri*, Pisa 1995, pp. 561-576.

²⁸ La participación de los ministros españoles e italianos en la *Geheime Konferenz* entre 1711 y 1740 ha sido analizada por M. VERGA: “Il ‘sogno spagnolo’ di Carlo VI...”, *op. cit.*, p. 237.

al vértice de la administración imperial, la presencia del partido español alteraba los tradicionales equilibrios cortesanos por lo que no fue aceptada con facilidad y tampoco la estructura política sobre la que se sustentaba su poder²⁹. Las tradicionales críticas hacia los ministros españoles deben situarse en el marco de la lucha política de la corte, en la que existían facciones no siempre definidas de bohemios y austriacos a las que ahora se sumaba la llegada de los españoles. La consideración peyorativa que en ocasiones tuvieron los exiliados escondía el recelo de los ministros austriacos ante la formación de un nuevo grupo de poder, conocido como el clan español, muy próximo al emperador³⁰. La injerencia política de los exiliados no agradaba a muchos cortesanos y no faltaron las trabas y las dificultades a su trabajo. Tampoco los milaneses y napolitanos aceptaron, tras los momentos iniciales, el gobierno de los españoles y contribuyeron a crear la imagen negativa de los ministros del Consejo de España³¹.

Los ministros del Consejo no solo fueron objeto de los ataques de algunos consejeros de la corte imperial, sino también de una bien diseñada propaganda borbónica centrada en difundir la conflictiva relación que existió entre los exiliados de Viena. Esta actuación tuvo en Italia, y sobre todo en Roma, principal foco de disensión e intriga entre austracistas y borbónicos, su particular escenario³². No ahorran esfuerzos los diplomáticos españoles en comunicar a Madrid las dificultades que atravesaban los austracistas exiliados. Los despachos enviados desde Roma o desde Venecia ponían de manifiesto la ambición de los españoles y la falta de apoyo de los alemanes en la corte imperial a los exiliados, así como las disputas por el poder existentes entre ellos³³. En efecto, no deben olvidarse las disensiones internas del grupo español y especialmente la rivalidad

²⁹ V. LEÓN SANZ: “Cultura española y poder político en la corte de Viena del Emperador Carlos VI”, *Reales Sitios* 152 (2002), pp. 30-47.

³⁰ J. BÉRENGER: *El Imperio de los Habsburgo, 1273-1918*, Barcelona 1993, p. 322.

³¹ M. FOSCARINI: “Storia Arcana”, en T. GAR (ed.): *Storia Arcana ed altri scritti*, en *Archivio Storico Italiano* 5 (1843).

³² V. LEÓN SANZ: “La nueva diplomacia borbónica en Italia después de la Guerra de Sucesión: El Cardenal Acquaviva, un italiano al servicio de Felipe V”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN & M. RIVERO RODRÍGUEZ (coords.): *Centros de poder italianos en la Monarquía hispánica (siglos XV-XVIII)*, Madrid 2009, II, pp. 969-998.

³³ M. A. OCHOA BRUN: *Embajadas rivales. La presencia diplomática de España en Italia durante la Guerra de Sucesión*, Madrid 2002.

que existió entre algunos ministros del Consejo de España y el secretario de Estado marqués de Rialp. Por el carácter equívoco de sus funciones, la Secretaría de Estado y del Despacho provocó tensiones en el seno del Consejo de España. Algunos ministros del Consejo intentaron reducir el poder político del secretario y por eso no sorprende que el marqués se defiende “contra las maniobras, sugerencias y contra la fuerza de aquellos que quisieren perderme o desacreditarme” y que buscase la protección de Carlos VI “contra los artificios”³⁴. La interpretación sobre el papel del partido español se ha de hacer desde la complejidad de los mecanismos de poder que sostuvieron a los españoles, a partir de la verdadera dimensión del nuevo Consejo, tanto en el organigrama institucional del Estado austriaco como en el gobierno de los territorios italianos y flamencos. Por otro lado, Ch. Ingrao ha señalado que más que la Conferencia Secreta, la *camarilla* de españoles era la única que tenía acceso directo al emperador a través del Consejo de España³⁵ y a pesar de las intrigas cortesanas, Carlos VI siguió confiando en los españoles a los que con frecuencia premió su fidelidad con títulos y mercedes³⁶.

LA FORMACIÓN DE LA CONFERENCIA DE ESTADO

La implantación institucional de la administración española en la corte de Viena no se limita al Consejo de España que era un Consejo territorial, como lo habían sido los Consejos de Aragón o de Italia. Faltaba un organismo, una institución que atendiese a las cuestiones de Estado y de la vía reservada, un papel que en la España de los Austrias competía al Consejo de Estado. Es así como llegamos en 1716 a la propuesta de la formación de la Conferencia de Estado, que tendrá en seguida un papel fundamental en la defensa de Italia³⁷. El proyecto

³⁴ RAH, 9/5637. “Para el examen de las cosas de Estado y de las reservadas...”. Sobre la rivalidad en el seno del grupo español, V. LEÓN SANZ: *Carlos VI. El emperador que no pudo ser rey...*, op. cit., pp. 278 y ss.

³⁵ C. INGRAO: *The Habsburg Monarchy, 1618-1815*, Cambridge 1994, pp. 130-131.

³⁶ V. LEÓN SANZ: “La oposición a los Borbones españoles: los austracistas en el exilio”, en A. MESTRE SANCHÍS y E. GIMÉNEZ LÓPEZ (eds.): *Disidencias y exilios en la España Moderna*, Alicante 1997, II, pp. 469-499.

³⁷ HHStA, *Italien Spanischer Rat*, 1716.

sobre la formación de un Tribunal o Conferencia de Estado se recogía en un memorial elevado a Carlos VI. Se trata de un texto cuyo autor manifiesta que desea hablar del gobierno de los dominios de Nápoles, Cerdeña, Flandes y Milán como parte de la Monarquía de España que se halla “hoy reintegrada en la Augustísima Casa de Austria”, empleándose una expresión que se aplicará más tarde con la incorporación de Sicilia.

El punto de partida es de nuevo, como en el caso de la constitución del Consejo de España, la reafirmación de la continuidad institucional española:

El establecimiento del gobierno es el medio indispensable de conservar los Reinos y cuanto mejor fuere aquel, será mayor la seguridad de los Dominios y más fácil el avanzamiento de los intereses del soberano. A esta máxima que va unida con la precisión de mantener siempre el régimen de los súbditos sin novedad, en el mismo pie de su antiguo manejo, se sigue la diferencia de las materias concernientes a los Reinos: unas son precisamente de Justicia, otras de Gracia, otras de Política y otras meramente de Estado.

Desde el comienzo de su etapa imperial, Carlos VI mostró poco interés en cambiar el sistema político de los dominios austriacos, consciente del carácter plural del Estado habsbúrgico, compuesto de diferentes naciones.

Se admite que el manejo y el conocimiento de las dependencias de Justicia, Gracia y Política mixta venían reglados con el establecimiento del Consejo de España. Sin embargo, se señala ya una crítica:

[del] cual nada pudiera ser ponderable si no es la introducción de tantos ministros de capa y espada que a veces confunde con sus dictámenes el curso de la constituciones municipales, el uso de pragmáticas y la observancia de las leyes del Dominio que pueden ignorar.

Las dependencias de Estado, explica el autor del memorial, no conciernen al Consejo de España, lo que considera muy perjudicial: “en España fue siempre el único recurso para el examen de tales materias el Consejo de Estado donde solo los presidentes de los Consejos particulares y aquellos ministros que a la satisfacción de las principales embajadas prometían un sucesivo desempeño con sus votos”. Por eso se afirma:

Que sea hoy muy necesario en Viena un Tribunal que sustituyendo a la Autoridad del Propuesto Consejo de Estado con menos voces examine las materias reservadas del gobierno y de las embajadas parece indubitable.

Se argumenta que la falta de una institución específica ha provocado confusión en los ministros públicos y en los virreyes “al no recibir positiva respuesta a sus

representaciones y esta indiferencia va perjudicando al servicio insensiblemente por la vía de la constitución de las cosas”. Las competencias que tendría este Consejo de Estado o Conferencia son claras:

Los asuntos mixtos de la Política que conciernen al aumento del erario, a la nómina de los papeles de los ministros del gobierno respectivo y a la conservación de las tropas, merecen repetida discusión o examen de la misma forma que las dependencias privativas de Estado: en el mayor conocimiento de unas y otras se reposa el ánimo y la conciencia de los soberanos, asegurándose el acierto cuanto sea más reiterado el examen.

Para establecer la regularidad en el examen de las cosas, propone que el emperador destine

un Gabinete o Conferencia Delegada de Estado compuesta del Presidente de la Guerra, del canciller de su Corte y de otro ministro práctico en el manejo de Roma, de Flandes, de la Italia, del Presidente del Consejo de España y por secretario de esta Conferencia ministerial el Secretario de Estado de España con voto cuando V. M. no asistiese como lo tuvo el Secretario de Estado Compruk en tiempos del emperador Leopoldo,

justificando el derecho a voto del secretario de Estado marqués de Rialp con la alusión a una práctica ya existente en la corte. Con este Tribunal, compuesto “de las primeras voces de los Consejos de la Corte y de poco número, se asegura el secreto de las dependencias”.

Tras el razonamiento inicial, se justifica la creación de la Conferencia porque permitirá en último término la perfección del gobierno, se sustanciará la correspondencia reservada, se emitirán con concordancia a ella las respuestas y las órdenes a los ministros, y “no se confundirá el interés común de los Cuatro Dominios de la Monarquía de España y de los Países Hereditarios, lo que favorecerá el acierto de las resoluciones”.

La Conferencia trataría también de aquellas consultas del Consejo de España sobre las que, por su importancia, el emperador decidiese conocer los votos de los conferenciantes. No por casualidad, esta propuesta coincide con el estudio de la “Planta Para el Gobierno de Flandes (1716)”:

Principalmente siendo de establecimiento el gobierno como el que se habrá de firmar en Flandes y que es necesarísimo prevenir con el más maduro examen, siendo inexcusable que en ambos días se debatiesen los puntos que llegaren a V. M. por el medio de representación o consulta de la conferencia en idioma italiano o español por la vía de la Secretaría de Estado de España.

Se añade otra importante consideración:

Hasta este momento los dominios de Italia, Flandes y Cerdeña (compruébese que se distingue claramente a Cerdeña de Italia) fueron gobernados por los españoles bajo unas reglas y establecimiento cuyo uso ha variado muy poco con la nueva constitución de su reintegración de la Augusta Casa de Austria.

La continuidad del sistema de gobierno sustenta la legitimidad de los Habsburgo de Viena. Se pretende consolidar el poder austriaco en los nuevos territorios sobre la base de la práctica política de los españoles, pero tratando de poner límites a su participación en el Gobierno, argumentando factores como el cambio de soberanía de Madrid a Viena, o cuestiones como el paso del tiempo y su repercusión en la edad de los ministros exiliados austracistas, así como el número reducido del grupo de españoles dirigentes en la corte imperial:

Fue pensamiento de los españoles aportar de aquellos naturales en algunas materias el manejo de los Países, sometiéndolo a la Nación Dominante Política actual es adaptable y sucesivo sistema. Son pocos los españoles que llegaron a los cesáreos Países y ofrecen poca duración en las contingencias del tiempo y de la vida, debiendo considerar a sus hijos como naturales de aquel país a que se agregasen por lo cual es precisa reflexión extender al conocimiento de lo esencial de estos dominios a las principales inteligencias de la Corte de Viena.

Con:

la formación de este Tribunal o Conferencia de Estado se consigue este fin, quedaba fundado el curso sucesivo del manejo de los ministros alemanes, italianos y flamencos que precisamente deben sustituir aquel poder que tuvieron en Madrid los españoles: el prevenir con el ánimo los accidentes del tiempo es la demostración de la sagacidad y de la prudencia.

El autor del memorial reconoce la resistencia que esta propuesta puede generar entre los miembros del Consejo de España y sobre su elevada presencia en el Consejo, propone recolocarlos: “bien que este exceso se hace remedio con el tiempo ocupando a algunos de estos caballeros en las Cortes extranjeras por ministros según la disposición de sus talentos”.

También se expone en el escrito la regulación relativa a la mecánica del funcionamiento de la Conferencia. Esta debería reunirse el lunes y el jueves por la mañana porque los correos llegaban a Viena el martes y podía el secretario de Estado entregar al emperador la representación de los embajadores y virreyes; el jueves por la mañana se tratarían en la Conferencia de Estado las cosas que Carlos VI mandase y el lunes se ejecutaría lo mismo con lo que resultase de Italia y del ordinario del Norte que se recibía el viernes, dando parte al emperador el sábado.

Finalmente, el autor del memorial concluye con una afirmación de lealtad dinástica, señalando que

no hay pasión en lo que esta Memoria contiene, es un mero celo por el servicio a la Augustísima Casa y es un común interés de cuantos gozamos el honor de ser vasallos en cuyos corazones debe ostentarse la razón, el conocimiento y el discurso libre de la fantasía de las Naciones y ejecutar la particular ambición de su respectivo manejo.

El contenido del texto comentado plantea cuestiones de diversa índole, tales como quién pudo ser su autor y qué objetivo perseguía con esta propuesta. La mayor parte de los puntos expuestos en esta memoria aparecen desarrollados de manera más elaborada en los escritos de 1718 atribuidos al marqués de Rialp, en un momento crítico para el partido español de Viena como consecuencia de la política revisionista de Felipe V³⁸. La necesidad de preservar el secreto, la conveniente incorporación de los austriacos y de los naturales al nuevo gobierno de los dominios italianos, o la crítica a la actuación del Consejo de España, bien por desconocimiento de sus leyes e instituciones, bien por el elevado número de ministros, lo que producía desorden y provocaba confusión, son cuestiones que se enmarcan en la misma línea argumental en los escritos de 1716 y de 1718. Si en 1716 se sugiere la creación de la Conferencia de Estado, en 1718 se propone sustituir el Consejo de España por los Consejos de Milán y Nápoles, tras la experiencia positiva en la práctica de gobierno que supuso la constitución del Consejo de Flandes en 1717. En ambos casos, la pretendida eficacia y mejora en el gobierno no se puede separar del intento por limitar las competencias del Consejo de España.

¿A quién beneficiaba esta limitación del poder del Consejo de España? Una pregunta de difícil respuesta. Existió tras la constitución del Consejo un movimiento en la corte austriaca tendente a limitar la capacidad de decisión política de los ministros españoles e italianos. Esta corriente se concreta en 1716 con diversas medidas orientadas a situar a la nueva institución en el marco de los mecanismos de equilibrio de poder cortesano y de la lucha política en la corte

³⁸ RAH, 9/5637. “Señor. Nunca luce más el celo. . .”; “Para el examen de las cosas de Estado y de las reservadas”; “Methodo en la dirección de las provinciales, Oficio, Cargo y distinción del Secretario de Estado”. Escritos de 1718 atribuidos al marqués de Rialp y estudiados en V. LEÓN SANZ: “La influencia española...”, *op. cit.*, pp. 118-126. Acerca de las consecuencias del revisionismo borbónico en los textos políticos, V. LEÓN SANZ: “Hacia una historia austracista después de la Guerra de Sucesión”, *Miscel·lània Ernest Lluch i Martin*, Barcelona 2006, I, pp. 445-458.

imperial carolina ya comentada ³⁹. En este momento, la incorporación de los principales ministros austriacos, de “las primeras voces de los Consejos de la Corte”, al gobierno de los “asuntos españoles” supone una decisión realista y necesaria para implicar al gobierno imperial en la defensa de los nuevos territorios habsbúrgicos procedentes de la Monarquía de España. En efecto, la Conferencia ministerial o de Estado se puso en seguida en funcionamiento y se reveló como un instrumento político necesario en la respuesta de la corte imperial al revisionismo borbónico.

La Conferencia se constituyó inicialmente bajo la presidencia del príncipe Trautsohn. Unos meses después se completaba su constitución de acuerdo con la propuesta contenida en la memoria y el principal consejero de Carlos VI, el príncipe Eugenio de Saboya, presidente del Consejo de Guerra, comenzó a presidir la Conferencia ⁴⁰. Contó con la participación de los príncipes Trautsohn (canciller) y de Cardona (presidente del Consejo de Flandes desde 1717), de los condes de Sinzendorf (canciller) y Stahremberg (presidente de la Cámara), del arzobispo de Valencia (presidente del Consejo de España), del marqués de Rialp (secretario de Estado y del Despacho de España), de Boul (refrendario) y del conde de Estela (ministro del Consejo de España y conocedor de los asuntos de Italia); actuó de secretario el oficial de la Secretaría de Estado del Consejo de España Juan Amor de Soria ⁴¹. Pronto se puso de manifiesto la importancia de la Conferencia en la defensa de Italia debido a la amenaza borbónica. Sin embargo, la eficacia de la Conferencia estuvo supeditada a la presencia del príncipe Eugenio, quien no siempre asistía a sus reuniones, lo que causaba un grave inconveniente cuando se trataba de decidir sobre cuestiones vitales relacionadas con la seguridad de nuevos dominios imperiales procedentes de la Monarquía española, ralentizando su posible solución.

³⁹ Véase el trabajo de V. LEÓN SANZ: “Los cambios institucionales de 1716 en la Corte imperial” (en prensa).

⁴⁰ Sobre el príncipe Eugenio de Saboya, además de la obra clásica de M. BRAUBACH: *Prinz Eugen von Savoyen*, Munich 1963-1965, y la más reciente de D. MCKAY: *Eugenio di Savoia. Ritratto di un condottiero, 1673-1736*, Turín 1989, se debe mencionar el interés de la exposición *Príncipe Eugenio: General, Filósofo y Amante del Arte*, en el Palacio del Belvedere de Viena (11 de febrero a 6 de junio de 2010).

⁴¹ Con relación al cargo institucional de los ministros mencionados en la corte austriaca, J. BÉRENGER: *El Imperio de los Habsburgo...*, *op. cit.*, p. 358, y C. INGRAO: *The Habsburg Monarchy...*, *op. cit.*, p. 131.

LA CORTE DE VIENA Y EL REVISIONISMO BORBÓNICO

A pesar de los anhelos de paz expresados por Carlos VI a los milaneses cuando volvía a Viena en 1711, “siendo preciso mi viaje a Italia y a Alemania para el mayor consuelo de mis vasallos y adelantar con mi presencia las más prontas efectivas disposiciones para la conclusión de la guerra...”⁴², en la década siguiente el emperador tuvo que responder a la política revisionista de Felipe V. Carlos VI gobernó un segundo Imperio casi tan extenso como el de su predecesor Carlos V. A la incorporación de los dominios italianos y flamencos se unió la expansión danubiana hacia el Este de Europa, gracias a las victorias logradas por el príncipe Eugenio de Saboya sobre el Imperio otomano⁴³. La nueva dimensión territorial de Viena replanteó la definición de su diplomacia. Si bien fue objeto de lucha entre los partidos y las facciones de la corte, lo cierto es que el debate entre los intereses del Imperio y los dominios habsbúrgicos se habían planteado ya en la anterior centuria⁴⁴. Carlos VI añadía además un nuevo elemento de referencia vinculado a su nunca renunciada herencia hispana y otorgaba al partido español, formado por los austracistas exiliados, capacidad de decisión⁴⁵. Existían partidarios claramente definidos en consolidar los aspectos “imperiales” del poder de los Habsburgo y de la expansión danubiana. Otros, entre los que se encontraban los españoles, se inclinaban por aprovechar las posibilidades que abría la nueva ordenación europea después de Utrecht. Desde la posición privilegiada alcanzada en la corte imperial, algunos exiliados influyeron en la política exterior de Austria con respecto a España y desplegaron su actividad en otras cortes europeas como la de París y Londres.

Más allá de las divisiones de la corte, la realidad internacional impuso su propio ritmo, desde la negativa de Carlos VI a abandonar sus “territorios españoles”, porque junto a la añoranza de su reino español, motivos estratégicos y políticos, además de económicos, justificaron la defensa de los nuevos territorios. Después de la paz, los dominios italianos que habían formado parte de la

⁴² Decreto del rey Carlos a Milán, ASV, Segr. Stato Spagna, 393.

⁴³ M. HUGHES: *Law and politics in eighteenth century Germany: the Imperial Aulic Council in the reign of Charles VI*, Rochester 1988; E. WANGERMAN: *The Austrian Achievement, 1700-1800*, Londres 1973.

⁴⁴ P. H. WILSON: *The Holy Roman Empire, 1495-1806*, London 1999, p. 30.

⁴⁵ V. LEÓN SANZ: *Carlos VI. El emperador que no pudo ser rey...*, *op. cit.*, pp. 251-260.

Monarquía hispánica en los que vivían la mayoría de los exiliados austracistas fueron el objetivo del revisionismo de Felipe V⁴⁶. La acción española en el Mediterráneo trajo nuevas dificultades a los austracistas, tanto a los exiliados como a los peninsulares, porque mantuvo e intensificó según los momentos, la política de represalias del monarca borbónico⁴⁷.

En este apartado de la ponencia quisiera poner de relieve los entresijos de la política imperial con relación al revisionismo felipista en el Mediterráneo y el papel desempeñado por ministros españoles e italianos en la defensa de la Italia austriaca, lo que por otro lado permite profundizar en el verdadero poder, en el grado de capacidad real de decisión del Consejo de España en la diplomacia europea. Sin duda la fuente más importante para hacer este análisis es precisamente la Conferencia de Estado. Junto a la documentación emanada de la Conferencia, contamos con otra aportación esencial para conocer la actuación de la corte imperial en la nueva coyuntura internacional derivada de la paz de Utrecht. En efecto, testimonio de lo acaecido en la Conferencia y fuente complementaria de la misma es la obra del conde Juan Amor de Soria. Al secretario de la Conferencia, autor de importantes escritos políticos, se debe un interesante texto en el que examina la posición de Austria en el contexto internacional tras la paz de Utrecht titulada *Adiciones y Notas Históricas desde el año 1715 hasta el 1736*⁴⁸. En esta obra redactada en los años treinta, años críticos para la corte austriaca⁴⁹, Amor de Soria analiza el papel de Viena en la política europea, y ofrece su particular interpretación de la posición de Austria, señalando los errores y los aciertos de la diplomacia imperial, con agudos comentarios sobre las

⁴⁶ D. OZANAM: “Felipe V, Isabel de Farnesio y el revisionismo mediterráneo”, en *La época de los primeros Borbones*, vol. XXIX/I de la *Historia de España* dirigida por R. Menéndez Pidal, Madrid 1985, pp. 586-599. V. LEÓN SANZ: *Carlos VI. El emperador que no pudo ser rey...*, *op. cit.*, pp. 301 y ss.

⁴⁷ V. LEÓN SANZ: “Represión borbónica y exilio austracista al finalizar la Guerra de Sucesión española”, en A. ÁLVAREZ-OSSORIO, B. GARCÍA y V. LEÓN SANZ (eds.): *La pérdida de Europa...*, *op. cit.*, pp. 569-589.

⁴⁸ RAH, 9/5603. Conde J. AMOR DE SORIA: *Adiciones y Notas Históricas desde el año 1715 hasta el 1736*, Viena 1736, texto publicado por E. LLUCH: *Aragonesismo austracista...*, *op. cit.*, y estudiado en V. LEÓN SANZ: “La influencia española...”, *op. cit.*, pp. 125-130.

⁴⁹ V. LEÓN SANZ: “El conde Amor de Soria: Una imagen austracista de Europa después de la Paz de Utrecht”, en A. GUIMERÁ y V. PERALTA (coords.): *El equilibrio de los Imperios: de Utrecht a Trafalgar*, Madrid 2005, pp. 133-154.

actuaciones de los hombres y mujeres de Estado que dirigieron la diplomacia en Europa durante la primera mitad del siglo XVIII. El secretario de la Conferencia conoció de cerca la política de las cortes europeas con relación al poder de los Habsburgo desde su empleo en la Secretaría de Estado del Consejo de España y, sobre todo, por haber formado parte de la Conferencia. Su obra no es solo narrativa sino interpretativa y crítica, pero desde una inequívoca posición de lealtad a la Casa de Austria ⁵⁰.

Los hechos que acompañan el revisionismo borbónico son conocidos, por eso la referencia a dichos acontecimientos queda limitada al debate que originan en la corte imperial ⁵¹. El Consejo de España se quedó solo cuando advirtió de la previsible amenaza que suponía Felipe V para Cerdeña ⁵². La invasión de Cerdeña efectuada en el mes de agosto de 1717 apenas encontró resistencia ⁵³. La ocupación de la isla provocó las indignadas protestas del papa, que se sentía engañado, y del emperador Carlos VI, empeñado en la guerra contra los turcos. Posteriormente, se hizo memoria en la corte de Viena del “trágico suceso” de Cerdeña, cuya pérdida, según se analizó en la Conferencia, tuvo por causa dos principios:

Uno no haberse creído aquí que el armamento enemigo fuera contra los Dominios de S. M., haberse dudado que pudiera llegar a tiempo el socorro por la mala forma que halló sus defensas el marqués de Rubí y no saberse entonces de dónde socorrerle. El otro, el haber resuelto tarde el envío de la gente de Milán por las enunciadas dudas. La experiencia demostró cuánto costó a los enemigos ocupar Callar, pero su ruina fue inevitable por el atraso con que se trabajó el remedio.

⁵⁰ Juan Amor de Soria, un austracista con una larga carrera al servicio de la Casa de Austria, en el transcurso de la cual se ennoblecó y llegó a ministro del Consejo de Italia, ha dejado escritos importantes sobre el pensamiento político español del siglo XVIII, como ya pusieron de manifiesto Maravall o Ernest Lluch, destacando *Enfermedad Crónica y peligrosa de los reynos de España...* Sobre su papel institucional y carrera política, V. LEÓN SANZ: “La Secretaría de Estado y del Despacho Universal...”, *op. cit.*, pp. 239-257 y en particular “La influencia española...”, *op. cit.*, pp. 125-130.

⁵¹ Por ejemplo, A. DE BÉTHENCOURT MASSIEU: *Relaciones de España bajo Felipe V*, Las Palmas 1998, pp. 399-425 o J. JUAN VIDAL y E. MARTÍNEZ RUIZ: *Política interior y exterior de los Borbones*, Madrid 2001.

⁵² HHStA, *Italien Spanischer Rat*.

⁵³ L. GUÍA: “Un destino imprevisto para Cerdeña. De los Habsburgo a los Saboya”, en A. ÁLVAREZ-OSSORIO, B. GARCÍA y V. LEÓN SANZ (eds.): *La pérdida de Europa...*, *op. cit.*, pp. 757-784.

El conde Amor de Soria se mostró muy crítico con la reacción imperial ante el ataque borbónico ⁵⁴. En su opinión, Cerdeña no se habría perdido si hubieran llegado los refuerzos esperados de Nápoles y Milán y justificó al virrey marqués de Rubí, quien trabajó en su defensa hasta fines de diciembre. La alusión al fracaso imperial en la defensa de la isla se reitera en las Conferencias de estos años, pero sus efectos trascienden a la primera fase del revisionismo felipista. El conde Amor de Soria situó la compleja situación austriaca de los años treinta como una consecuencia de la debilidad mostrada en Cerdeña y así escribió sobre la guerra de 1734:

tal vez no habría sido tan fatal la tempestad de esta última guerra a la Casa de Austria, ni tanto el descrédito de sus armas... No se hizo el menor escarmiento entonces y ha sido regla de ejemplo para el descrédito de las tropas imperiales en las dos compañías de Italia de 1734 y de 1735 ⁵⁵.

La primera medida que tomó la corte de Viena ante la conquista de Cerdeña fue proteger las demás posesiones italianas de nuevos ataques españoles ⁵⁶. El Consejo de Guerra transmitió al de España las medidas que debían adoptarse en los dominios italianos cuyas defensas eran muy escasas, así como su aportación económica encaminada al mantenimiento de las tropas que se destinarían a Italia. En este contexto, un valimiento en 1717 suspendía todas las pensiones y mercedes otorgadas a los exiliados españoles en tierras italianas. La reacción de la corte de Viena había sido lenta ante la invasión borbónica y la pérdida de la isla de Cerdeña iba a tener consecuencias. Propició la reorganización del Consejo de España ⁵⁷ y hubo que atender, en algunos casos a través del bolsillo secreto, a los sardos leales a la Casa de Austria que se exiliaron entonces, sobre

⁵⁴ V. LEÓN SANZ: "El conde Amor de Soria...", *op. cit.*, p. 141.

⁵⁵ RAH, 9/5603. Conde AMOR DE SORIA: *Addiciones y Notas Históricas desde el año 1715 hasta el 1736*, Viena 1736.

⁵⁶ En la corte imperial no estaban preparados para frenar una nueva invasión en la Península italiana, según escribía Arpe a Grimaldo: "Me consta de buena parte de que si a los principios hubieran desembarcado las tropas de S. M. en algunas de estas partes, que pudiese amenazar la entrada en el Estado de Milán, había orden de Viena de abandonar aquellas plazas y recoger todas las fuerzas a Mantua...", cit. en M. A. ALONSO AGUILERA: *La conquista del dominio español de Cerdeña, 1717-1720*, Valladolid 1977, p. 103.

⁵⁷ Se suprimió la Negociación de Cerdeña y se reestructuró el Consejo, en V. LEÓN SANZ: "Origen del Consejo Supremo de España...", *op. cit.*, pp. 120-121.

todo eclesiásticos y funcionarios⁵⁸. El ataque español puso de manifiesto también la dependencia de Viena de las potencias marítimas. En esta crisis, Francia se limitó a ofrecer una mediación y Gran Bretaña, que no quería poner en peligro sus privilegios comerciales con España, buscó vías de conciliación sobre las bases expuestas por la Triple Alianza.

Una nueva amenaza apareció pronto en el horizonte. El 15 de junio de 1717 se reunió la Conferencia con motivo de estudiar otra cuestión crucial: “Sobre socorrer y defender el Estado de Milán en caso de ser atacado por el duque de Anjou”⁵⁹. Presidió la Conferencia ministerial el príncipe de Trautsohn y contó con la asistencia de los condes de Sinzendorf y Starhemberg, del arzobispo de Valencia, del marqués de Rialp, Boul, del conde de Estela y del secretario Amor de Soria. El gobernador de Milán había enviado al marqués de Rialp una copia reservada de la carta de monseñor d’Avenant, ministro británico en Génova, con la noticia de que se había ajustado una alianza entre los duques de Anjou y de Saboya contra el emperador y su común designio de atacar la Lombardía. El ministro británico había conocido esta alianza a través de “un buen canal” y advertía que los españoles atacarían en veinte días, lo que comunicó al gobierno de Londres. Se supo también que el 4 de junio los ministros de los duques de Anjou y de Saboya se habían reunido en Génova durante tres horas.

Se dio crédito al aviso de d’Avenant pues las continuas conferencias secretas entre el ministro de Saboya y Alberoni y los ministros de ambos príncipes en Génova denotaban unión y confianza. Felipe V y el duque de Saboya pretendían llegar en las mejores condiciones al proyecto de paz de la Triple Alianza:

El duque de Anjou se hallaba animado a continuar la guerra despreciando los pactos de paz y el de Saboya que sabía que por estos pactos debía perder la Sicilia y sus pretensiones por el Vegalano (*sic*); ambos tenían tres meses para aceptar las condiciones del proyecto pues se arrestan a mejorar fortuna.

También se analizaron las noticias que llegaban de Barcelona sobre el armamento marítimo; según los avisos dicho armamento se componía de 500 velas con 100 piezas de batir y 50 de campaña; en cuanto a los contingentes de tropas, se estima que en Cerdeña Felipe V tenía ya 15.000 hombres y en Barcelona podían

⁵⁸ V. LEÓN SANZ: “Patronazgo político en la Corte de Viena: los españoles y el Real Bolsillo Secreto de Carlos VI”, *Pedralbes. Revista d’Historia Moderna* 18/2 (1998), pp. 582-583.

⁵⁹ HHStA, *Italien Spanischer Rat*, 15 de junio de 1717.

embarcarse 10.000 soldados y 4.000 caballos. El gobernador de Milán solo podía sacar a campaña 5.600 hombres y necesitaba generales porque solo contaba con Zuminghen y Tatempatch. Se defienden las medidas tomadas por el Consejo de España que “con gran trabajo y penalidades del pueblo de Milán, de los acreedores de justicia y con daño de los alimentos”, había logrado poner en pie en Milán 8 regimientos de infantería y 4 de caballos con su pie completo de 10.000 hombres, si bien los regimientos de Milán no estaban completos y faltaban 4.918 reclutas.

Milán muy bien podía “seguir el ejemplo de Cerdeña”, se dice literalmente. En la Conferencia se ve una situación comparable a lo que sucedió en la isla: “El abandono con que miran a Milán les alienta con el caso de Cerdeña”. Los ministros desconfían de “lo que hará Francia por más que el Regente considere sus intereses opuestos a los designios del duque de Anjou”. Pero más importante es el valor estratégico de Milán, considerando además que la posición de otros Estados en Italia, ahora austriacos, no se veía tan favorable para la corte de Viena:

Máxima fue en tiempo de los Señores Reyes Austriacos de España poner su principal ejército en Lombardía pues desde allí podía socorrer a Nápoles, pero entonces este reino vivía cubierto de la Sicilia y el mal interno de los genios no era tan confuso ni complicado y hoy la Sicilia es un enemigo cierto o encubierto, los humores de Nápoles poco seguros y así se une conservar a la gente para no exponer el Reino a la ruina.

La alarma de los ministros del Consejo se debía no solo a la amenaza inminente del duque de Anjou, sino al hecho de que “no se ha vuelto a hablar de la ejecución del proyecto”. Esta escasa atención a la amenaza borbónica tenía un motivo: “falta de la corte el príncipe Eugenio de Saboya”, circunstancia observada también en Cerdeña, una ausencia fundamental porque quien en estos momentos realmente tenía capacidad de decisión en la corte imperial era el príncipe Eugenio, por más que otros ministros debatiesen. No obstante, el príncipe apoyó la defensa de Milán.

¿Qué dificultaba la defensa de Italia?: “El empeño de la guerra de S. M. contra los turcos”⁶⁰. Carlos VI estaba inmerso en el frente oriental en el conflicto contra el Imperio otomano, lo que había impedido la adecuada defensa de Cerdeña y ahora la de Italia. En opinión de los ministros españoles, la guerra contra

⁶⁰ HHStA, *Italien Spanischer Rat*, 1717. R. J. W. EVANS: *Austria, Hungary, and the Habsburgs: Central Europe, c. 1683-1867*, Oxford 2006.

los turcos ofrecía a Felipe V “campo y lisonja de ganar y quién duda anticiparán sus operaciones para que los turcos difieran o se nieguen a la tregua que se trata”. Se apunta la estimación errónea del emperador sobre el contexto internacional, basándose en las concesiones de la corte de Viena, un análisis que compartirá Amor de Soria: “S. M. tal vez ha creído admisible los proyectos de paz por las ventajas acordadas a todos contra los intereses de la Augustísima Casa es causa de este olvido”. El margen de actuación de españoles e italianos en la corte imperial se antoja bastante reducido. Si estos desconfían de los proyectos de paz y de la posición de Francia (particularmente del regente francés), el príncipe Eugenio, centrado en el objetivo de la expansión hacia el este a costa de los turcos, era partidario de llegar a una paz en la que se reconociese a Felipe como rey de España y se dejasen los territorios ajenos al Imperio, “pues a la larga se le hará la guerra al emperador por Nápoles, Milán y Flandes”, según escribía en Viena el 6 de noviembre de 1717. Sin embargo, Carlos VI, mientras pudo, apoyó los dos escenarios de actuación austriaca: en el este con la consolidación en Hungría y en el sur con la defensa de los territorios de su herencia española en Italia⁶¹. Finalmente Felipe V “no pudo convencer al Duque de Saboya a que le fuese aliado para ocupar el Estado de Milán”. Pero la corte de Viena durante meses dio crédito a la alianza entre los duques de Saboya y de Anjou y analizó desde esta perspectiva el escenario italiano.

El monarca español continuó con sus planes y envió su armada contra Sicilia en 1718. Para hacer frente a la política revisionista de Felipe V, el emperador tuvo que adherirse a la Triple Alianza, formándose la Cuádruple Alianza. Según afirma Castellví, el presidente del Consejo de España, don Antonio Folch de Cardona, fue quien persuadió a Carlos VI a firmar la Cuádruple Alianza⁶². La nueva invasión de los españoles, dirigida a romper las medidas de la Cuádruple Alianza y su sistema, apresuró la conclusión del tratado en Londres el 2 de agosto de 1718, al que accedió el duque de Saboya en noviembre. Alberoni pareció estar dispuesto a aceptar las condiciones de la Cuádruple Alianza, no así Felipe V que reclamó Cerdeña y Sicilia, exigió que el emperador redujera sus tropas en Italia y que Inglaterra hiciera regresar la escuadra enviada al Mediterráneo.

⁶¹ C. INGRAO: *The Habsburg Monarchy...*, *op. cit.*, p. 111.

⁶² El arzobispo de Valencia, junto al napolitano conde de Stella, estuvo presente en el acto solemne celebrado el 16 de septiembre de 1718, en el cual Carlos VI renunció a todos los reinos del continente de España a favor del rey Felipe, en F. DE CASTELLVÍ: *Narraciones históricas...*, *op. cit.*, IV, p. 627.

No solo la corte imperial debía tomarse en serio los planes borbónicos, también las otras potencias de la alianza. Poco después, la corte de Madrid recibía la noticia de la destrucción de la flota española recientemente construida por la escuadra del almirante Byng en el cabo Passaro, el 11 de agosto de 1718. El 29 de diciembre, Inglaterra declaró la guerra a España y lo mismo hizo Francia el 19 de enero de 1719. El 19 de abril las tropas francesas al mando del duque de Berwick cruzaron la frontera desde Bayona y tomaron Fuenterrabía y San Sebastián, se dirigieron después a Cataluña donde encontraron el apoyo de los austracistas catalanes disidentes y se apoderaron de la Seo de Urgel, mientras los ingleses asolaban Vigo y las costas de Galicia⁶³. Tras la derrota naval de Cabo Passaro, el ejército expedicionario español en Sicilia no recibió refuerzos desde la Península, a diferencia del ejército imperial, que obtuvo provisiones de la flota británica. Esta situación afectó a las tropas españolas que sitiaban Melazzo y se vieron obligadas a abandonar el sitio en junio de 1719; no obstante, el marqués de Lede obtuvo la victoria en la batalla de Francavilla el 20 de junio de 1719 sobre los austriacos⁶⁴. No obstante, el destino de Sicilia era “reintegrarse en la Monarquía de España” dirigida desde Viena⁶⁵.

La corte de Viena seguía muy pendiente de los movimientos borbónicos y no descartaba un nuevo ataque en Italia. El 13 de julio de 1719 tuvo lugar una importante conferencia presidida por el príncipe Eugenio de Saboya en la que participaron el príncipe de Cardona, los condes Sinzendorf y Starhemberg, el arzobispo de Valencia, el conde de Estela y el marqués de Rialp⁶⁶. Una de las cuestiones tratadas fue la información remitida por el gobernador de Milán conde de Colloredo sobre la llegada del marqués de Veincl de parte del duque Regente, aunque proponía diferir la expedición a instancias de los naturales.

⁶³ Sobre la Cuádruple Alianza y la guerra en el Principado de Cataluña, E. GIMÉNEZ: “Conflicto armado con Francia y guerrilla austracista en Cataluña (1719-1720)”, *Hispania* 220 (2005), pp. 543-600; J. ALBAREDA: “Represión y disidencia en la Cataluña borbónica (1714-1725)”, en A. MESTRE SANCHÍS y E. GIMÉNEZ LÓPEZ (eds.): *Disidencias y exilios...*, *op. cit.*, II, pp. 543-555.

⁶⁴ En su retirada, el marqués de Lede fue alcanzado por los imperiales, con un contingente de 24.000 hombres al mando del conde de Merci, el conde de Walis, el barón de Zuminghen y el barón de Sckendorff, resultando inevitable la batalla el 20 de junio de 1719, véase, M^a D. HERRERO *et alii* (eds.): *La Artillería española, al pie de los cañones*, Madrid 1994, pp. 87-93.

⁶⁵ HHStA, *Italien Spanischer Rat*, 1718-1720.

⁶⁶ HHStA, *Italien Spanischer Rat*, 13 de julio de 1719.

Pero el tema central no había variado. En este momento el emperador estaba negociando en Londres la tregua contra el turco. El dilema para la corte imperial, a pesar de las victorias del príncipe Eugenio, seguía siendo el mismo que en 1717 cuando Felipe V invadió Cerdeña: “es preciso prevenir Italia o hacer la tregua con el turco primero”. Los ministros se dividieron: alemanes frente a españoles e italianos. Para los ministros alemanes de la corte, Sinzendorf y Stahremberg, no había duda. Partían de la premisa inicial en la que “dijeron que era imposible a S. M. mantener dos guerras a un tiempo por ser tantas las tropas y por lo exhausto de los erarios”. Aunque reconocían que convenía poner a Nápoles y Milán en estado regular de defensa, primaba el éxito de la tregua que se trataba con los turcos y justificaron así su postura: “aquella contingencia que se propone de la invasión de Nápoles y de Milán por ser incierta y la guerra contra los otomanos certísima”.

También en bloque se manifestaron los ministros españoles e italianos de la Conferencia. En su análisis vuelven a reiterar lo sucedido en Cerdeña y esgrimen argumentos similares a los expuestos en otras ocasiones. La corte de Viena se había movido entre los engaños del duque de Anjou y su propia inoperancia:

Los votos contrarios fundaron la certidumbre de la guerra del duque de Anjou, sus designios contra Italia, la fallencia de sus palabras, el engaño de sus ministros, haber ocupado Cerdeña por no haberse creído aquí, la idea de su armamento y aquella llamada contingencia por no enviar 500 hombres se perdió Caller y esta se originó por no haber querido creer la intención de los enemigos.

También tuvieron en cuenta la información procedente de la Monarquía borbónica, posiblemente proporcionada por espías austracistas: continuaban los preparativos en Cádiz, Cartagena, Alicante, Barcelona y Rosas para el desembarco de 12.000 hombres; y recordaron la noticia publicada por el cardenal Acquaviva en Roma cuando pocos días antes de la toma de Caller había prometido que el duque de Anjou no pasaría adelante.

Los ministros españoles e italianos dieron la vuelta al argumento de los alemanes: si con una recluta de 20.000 hombres en Nápoles y en Milán no se envían armadas para combatir a Felipe V, y los turcos “son conocedores de que el duque de Anjou invade con facilidad” los dominios italianos del emperador, se estaría enviando un mensaje negativo para los intereses austriacos en la tregua que se negociaba con la Sublime Puerta en Londres. Desconocían el destino de la armada borbónica y por eso plantearon varias hipótesis. No parecía que los nuevos embarcos fueran contra la ciudad sarda de L’Alguer. Consideraron que

el objetivo de las tropas que debían embarcar era Italia. No creían que se dirigiesen a la Lombardía “donde no se sabe tengan Aliados conocidos y descubiertos” y por eso, veían más peligro en Nápoles. Pero no se trataba solo de enemigos exteriores. La amenaza borbónica en Italia introducía la cuestión de la lealtad de los naturales de los antiguos dominios españoles al emperador. Este análisis es particularmente delicado en el caso de Nápoles, donde se detectaba un débil apoyo a la Casa de Austria. Si no se enviaban tropas, se afirma,

los naturales se sentirán ofendidos con el concepto de ser abandonados por su Príncipe, se echarán en los brazos de la novedad y todos recelarán el lastimoso ejemplo de Cerdeña, el pueblo libre en su fantasía se apercibirá de la desestimación con que es tratado. El virrey se considerará incapaz de defender el reino, los desafectos se desvergonzarán abiertamente, los enemigos hallarán aliento para sus ideas, ni en este caso se podrá recolectar súbditos eclesiásticos ni menos se pagarían las tropas con cualquier novedad.

La Conferencia puso de manifiesto la necesidad de completar los regimientos de Lombardía y Nápoles. Se estimaba que los enemigos podían iniciar las operaciones en diciembre contra Nápoles porque el tiempo era más oportuno que en julio, ya que el clima era menos peligroso. Por tanto, se acordó enviar los primeros regimientos a Nápoles, donde parecía más inminente la invasión, considerando muy perjudicial diferir la ayuda militar hasta marzo. Tras lo consultado en la Conferencia, la decisión final dependía del voto del príncipe Eugenio, que en esta ocasión no negó la defensa del reino pero estableció las prioridades de la corte austriaca. Partía del principio defendido por el grupo alemán de que el emperador no podía mantener dos guerras y que era necesario pensar seriamente en la paz universal, por lo que “convenía esforzar los negociados de Londres a condiciones aceptables y lo mismo en Belgrado con la Puerta”. En caso de hacerse la Tregua con el turco, era partidario de reemplazar del ejército de Hungría aquellas tropas que se destinasen a Italia, insistiendo que “hasta que venga la Tregua es necesario que la Puerta experimente la misma robustez de Armada”. Centrándose en la defensa italiana, marcó la línea de actuación: en primer lugar, señaló que los fondos para mantener los 40.000 hombres de Milán y Nápoles debían estar asegurados, no sujetos a contingencias, desconfiando de la gestión del Consejo de España; en segundo lugar, se inclinó porque los hombres que se comprasen en el Imperio pasasen al ejército de Hungría; y en tercer lugar, mandó que los regimientos que fueran a Nápoles lo hicieran por mar, y que se dieran previamente las órdenes para el mantenimiento de la caballería, llevando a Carniola y Fiume

pajas y granos; asimismo, indicó que se notificase al virrey de Nápoles el envío de estos continentes por mar, una vía más cómoda y menos expuesta que a través de la Pulla ⁶⁷.

Felipe V, todavía duque de Anjou para la corte de Viena, tras cesar a Alberoni, accedió a la Cuádruple Alianza el 26 de enero de 1720 y a continuación se propuso la organización de un Congreso para resolver el litigio italiano. Unos días después se reunía la Conferencia de Estado en Viena. El 3 de febrero de 1720 la corte imperial exigía para aceptar la participación de los plenipotenciarios austriacos en las negociaciones de paz “dos actos precisos y preliminares: la evacuación de Sicilia y de Cerdeña” ⁶⁸. Sobre la sede del Congreso, los austriacos proponían las ciudades de Aquisgrán, Gante o Amberes, “por la comodidad de los ingleses y sus habitantes... y a la verdad convendría mucho al mismo País Bajo se hiciese en él este Congreso”, reconociendo la difícil situación política y económica que atravesaba el antiguo Flandes español tras la firma del tratado de la Barrera ⁶⁹. Pero el emperador no refutará otros lugares como Cambray o Lille respecto de estar cercanos a todas las partes. Estas indicaciones se darán al plenipotenciario austriaco barón de Pentenrieder “pero sobre todo será instruido excluir discretamente las cortes de París, la Haya y Londres”. La primera, París, “por ser muy cara y deber excusar al Duque Regente aquella natural superioridad que tendría en los manejos ulteriores a la Paz”. La segunda, La Haya, porque los holandeses “presumirían de ser mediadores lo que no se puede admitir y ellos formarían cábalas a favor de los enemigos o atravesarían el tratado de comercio que conviene establecer entre los súbditos de V. M. y los de España”. Aún no habían empezado las negociaciones, apenas una semana después de acceder Felipe V a la Cuádruple Alianza y ya pensaba la corte de Viena en un tratado de comercio con España al margen de sus tradicionales pero incómodos aliados. “Esta circunstancia también excluye

⁶⁷ HHStA, *Italien Spanischer Rat*, 13 de julio de 1719.

⁶⁸ HHStA, *Italien Spanischer Rat*, el 3 de febrero de 1720.

⁶⁹ HHStA, *Italien Spanischer Rat*, Collectanea (1716-1723). Sobre los Países Bajos en este período, M. A. ECHEVARRÍA BACIGALUPE: “La Guerra de Sucesión en los Países Bajos meridionales. Antecedentes, desarrollo y consecuencias”, en F. EDELMAYER, V. LEÓN SANZ, J. I. RUIZ RODRÍGUEZ (eds.): *Hispania-Austria III: Der Spanische Erbfolgekrieg – La Guerra de Sucesión española*, Viena-Munich 2008, pp. 193-210. K. VAN GELDER: “Divided Loyalties: Angevin Partisans in the Southern Netherlands in the Aftermath of the War of the Spanish Succession”, *Dutch Crossing* 34/1 (2010), pp. 59-76.

a Londres”, además de “ser cara aquella corte, separada de todos, poco comunicable respecto de las contingencias del mar”. Todas estas cuestiones las debía ajustar el plenipotenciario austriaco barón de Pentenrieder junto al conde de Windischgratz⁷⁰. También se debía informar e instruir al embajador austriaco en Londres Hoffman, mientras llegaba el conde de Stahremberg, porque “aunque Hoffman es hombre capaz, celoso e inteligente de las cosas de Inglaterra, le falta autoridad y muchas veces debe contemplar por el propósito de vivir y morir en Londres”. La corte imperial enviará al Congreso a un negociador de primera fila, al conde de Stahremberg, reconociendo por otro lado el papel de mediador de Inglaterra y su valor como aliado: “conviene mucho por los manejos, siendo preciso trabajar en unir más a S. M. a los intereses del rey Británico y de la Nación para establecer mayores ventajas en la paz”.

Las victorias del príncipe Eugenio sobre los turcos dieron a los Habsburgo un mayor peso político en el contexto internacional y una impresión más sólida. El historiador francés L. Bely afirma que Carlos VI aprobó iniciativas que se dirigieron contra las potencias marítimas a comienzos de los años veinte⁷¹. Estas iniciativas se han de relacionar con la competencia comercial que representaba la Compañía de Indias que se había formado en 1723 con el apoyo del emperador en Ostende, en los Países Bajos austriacos, y que simbolizaba el interés por el desarrollo económico que mostró Carlos VI durante los primeros diez años de su reinado⁷², a cuya inspiración no fueron ajenos los exiliados austracistas españoles⁷³. La relación de la corte de Viena con sus antiguos aliados se enfrió en beneficio de la aproximación de las cortes de España y Austria, lo que culminó en la paz de Viena de 1725. El desengaño de las dos potencias de sus respectivos aliados, Gran Bretaña y Francia, facilitó el mantenimiento de esta alianza al menos durante cinco años.

⁷⁰ Sobre el barón de Pentenrieder como plenipotenciario del emperador, C. E. DUQUESA DE ORLEÁNS: *Secret memoirs of the court of Louis XIV and of the regency*, Londres 1824.

⁷¹ L. BÉLY: *Les relations internationales en Europe (XVIIe-XVIIIe siècles)*, París 1992, p. 441.

⁷² C. INGRAO (ed.): *State and Society in Early Modern Austria*, West Lafayette 1994, y J. BÉRENGER: *El Imperio de los Habsburgo...*, *op. cit.*, pp. 378-382.

⁷³ En otro lugar, en la línea de lo apuntado por J. Fontana y J. Albareda, he señalado las posibles relaciones que debieron tener a nivel comercial los exiliados con los austracistas peninsulares, sirviéndose de redes familiares o mercantiles establecidas, en V. LEÓN SANZ: *Carlos VI. El emperador que no pudo ser rey...*, *op. cit.*, pp. 311-313.

La nueva dimensión territorial de los Habsburgo de Viena en el sur y en el este en el marco de la nueva ordenación europea de Utrecht amplió los horizontes y los intereses imperiales y obligó a replantear la diplomacia de la corte de Carlos VI. La Conferencia de Estado se convirtió, como se ha apuntado, en un instrumento fundamental en la definición de la política austriaca en el Mediterráneo. Aunque en la propuesta de su constitución la Conferencia parecía destinada a reducir la capacidad política del Consejo de España, su establecimiento permitió a los ministros del Consejo hacer frente a los ataques borbónicos en los nuevos dominios italianos del emperador. A pesar de las limitaciones impuestas por el conflicto con los turcos, y la diferente posición de otros partidos y facciones de la corte carolina, los españoles exiliados presionaron con éxito para que los ministros imperiales, y en especial el príncipe Eugenio de Saboya, se implicaran en la defensa de la Italia austriaca y para que la corte imperial no abandonase, pese a la pérdida de Cerdeña, los antiguos territorios de la Monarquía de España ahora del emperador Carlos VI.